

SUJETO, SIMBÓLICO, INTERPELACIÓN

SUBJECT, SYMBOLIC, INTERPELLATION

Mariflor Aguilar Rivero*

Universidad Nacional Autónoma de México
México D.F. -México

Recibido 24 de febrero 2007/Received february 24, 2007
Aceptado 19 de abril 2007/ Accepted april 19, 2007

RESUMEN

En este artículo se exponen algunos problemas derivados del concepto lacaniano de sujeto, especialmente cuando se importa a las ciencias sociales, enfocándose en dos de sus afirmaciones: la que habla de la presencia de una “falta” en el sujeto y, por otro lado, la que identifica al sujeto con la falta o con el vacío.

Palabras Clave: Lacan, Sujeto, Simbólico, Interpelación.

ABSTRACT

This article exposes some problems derived from the Lacanian concept of the subject, specially when it is imported into the social sciences. It is focused in two affirmations: one that talks about the presence of a “lack” in the subject and, on the other hand, the identification of the subject with the lack or with the vacuum.

Key Words: Lacan, Subject, Symbolic, Interpellation.

* Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México.
Circuito Interior Ciudad Universitaria, s/n. C.P. 04510, México, D.F.
E-mail: mariflor@servidor.unam.mx

Lo que me interesa exponer son algunos problemas que veo se derivan del concepto lacaniano de “sujeto”, en particular cuando se importa a las ciencias sociales. Más concretamente, mi interés recae en dos afirmaciones: por un lado la que habla de la presencia de una “falta” en el sujeto, y por otro la que identifica al sujeto con la falta o con el vacío.

Es posible que toda noción de “sujeto” que pretenda ser conducente en la actualidad tiene que dar cuenta del lugar que éste tiene entre dos polos: el del sujeto de la filosofía, también conocido como sujeto de la conciencia, cuyos rasgos básicos son quizás los de autonomía y autodeterminación, y el sujeto sujetado a una multiplicidad tan grande de determinaciones, que recortan a su alrededor la jaula de hierro weberiana o la teoría sofocante del poder de Michel Foucault, que no por sofocante deja de ser de gran interés.

Sin embargo, la teoría lacaniana del sujeto propiamente no rinde cuentas a esta exigencia, aunque tampoco está muy alejada de ella, sobre todo si se toma en cuenta el marco subjetivo en el que se coloca que es el de los tres registros que conforman el aparato psíquico de los individuos, uno de los cuales, el de lo imaginario, representa el primer momento en que el sujeto encuentra su lugar en el proceso de significación, que se caracteriza por el predominio de la relación con la imagen del semejante (yo especular). El segundo momento es el registro de lo simbólico, que preexiste al sujeto, y alude al orden de las normas y valores sociales. La entrada en esta posición abre el camino para la adquisición del lenguaje (entendido no estrictamente como la facultad de la palabra sino como la posicionalidad compleja en el orden humano de la cultura cuyo vehículo privilegiado de simbolización y expresión es el lenguaje). Está por otro lado el orden de lo *real* u orden del deseo, que lleva al sujeto a realizar las identificaciones diversas con el mundo.

Una de las implicaciones importantes de estas tesis es la consideración de que el sujeto es construido desde el exterior

mediante identificaciones diferenciadas y atravesadas por un impulso, constitutivo también del sujeto. Lo que considero interesante de pensar así al sujeto, armado por estas tres maneras de vincularse con el mundo, es precisamente que permite pensarlo sin tener que optar por alguno de los dos polos, de la autonomía plena o de la plena sujeción, sino más bien como Jano, con los dos rostros simultáneamente.

Sin embargo, lo que se cruza en el camino del estudio del sujeto desde este marco teórico son ciertas tesis que niegan este doble rostro para identificarlo con uno solo de ellos. A lo que me refiero es a que así como la articulación de los tres registros impide la polarización cuando se piensa al sujeto desde la perspectiva lingüística y se le toma como “falta”, se presentan cuatro aspectos de una tendencia conceptual que considero problemática; primero, identificar al sujeto con la falta; segundo, pensar la falta como desarticulada de los órdenes imaginario y simbólico, es decir, de las identificaciones del sujeto con sus semejantes y con los órdenes simbólicos del mundo; tercero, pensar al sujeto como desarticulado de estas instancias; y, por último, pensarlo nuevamente como situado en el polo de la autonomía y la autodeterminación, que era lo que no se quería encontrar.

Se ha dicho que “es posible aproximarse a esta falta desde una variedad de ángulos en la teoría lacaniana” (p. 14);¹ yo me voy a referir a ella partiendo de la falta significante y su incidencia en el sujeto, para lo cual me apoyaré en un trabajo de Yannis Stavrakakis titulado *Lacan y lo político*.

En cuanto a la primera, y a propósito de la distinción entre significado y significante, se sostiene que en tanto que el significado tiende a desaparecer “perdido en las características metonímicas deslizantes de la cadena de significación” (p. 13),² lo que se conserva es el lugar del significante, como un *locus* vacío; es decir, si bien es cierto que en su desplazamiento, el significado

¹ Stavrakakis, 1999, p. 14.

² *Ibidem*, p. 13.

abre la dimensión creativa de sentidos, también es cierto que esto es posible al precio de lo que puede pensarse como “carencia” o una “falta” constitutiva del significante (Stavrakakis).

Por otro lado, como vimos, el proceso en el que el sujeto encuentra su lugar en el proceso de significación lo vincula con el lenguaje como estructura de simbolización de la cultura, frente al cual se le piensa como dependiendo del significante, más aún, como constituido por él (Lacan, 1984)³ o, según la formulación clásica, el sujeto “deviene en ser en tanto accede a ser representado por el significante” (p. 10).⁴ No es el momento ni soy quien pueda precisar con nitidez esta tesis, basta decir por ahora que a lo que alude es al hecho de que la simbolización juega un papel decisivo en la estructuración subjetiva, pues es en ella donde el sujeto se reconoce –o no– en el ejercicio de sus identificaciones.

Ahora bien, si al sujeto se le piensa en articulación íntima con el significante, en relación prácticamente definitoria, tendremos entonces que aquél compartirá con éste ciertos rasgos, es decir, el sujeto tendrá en común con el significante alguno de sus rasgos intrínsecos. Desde esta perspectiva, el sujeto, igual que el significante, estará atravesado por una *falta* constitutiva, que traduciéndola al código de la subjetividad da por resultado que el sujeto, que es tal por sus identificaciones con el exterior y que “busca” las identificaciones significantes que le den consistencia ya que la identificación especular no le ofrece una identidad estable (Stavrakakis, 1999), muy pronto choca con un doble fracaso, pues la búsqueda se muestra doblemente fallida y ambivalente, pues por un lado, en tanto representado por el significante, el sujeto existe bajo la condición de aceptar las leyes de lo simbólico, es decir, existe mediante un previo sometimiento a las leyes de la cultura que le preceden, pero por otro lado, la representación

³ También se puede consultar el *Seminario 11*, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, de 1964.

⁴ Stavrakakis, 1999, p. 10.

siempre falla pues el sujeto no encuentra un significante que lo represente en su totalidad o, dicho de otro modo, al sujeto le “falta” una imagen integral que le funcione como espejo. No obstante, el sujeto puede emerger como diferenciado en su relación con el orden de la realidad simbólica (Stavrakakis).

Si hacemos un esfuerzo por traducir este conjunto de tesis a lenguaje filosófico, lo que tenemos son tesis acerca del extrañamiento y la finitud: del ser humano en cuanto tal, y en tanto sujeto parlante o escriturante. Tenemos también indicaciones de cuáles son las ventajas de la asunción de esta finitud. El extrañamiento se plantea a la manera hegeliana respecto de lo originario, de la vida irrecuperable del pasado, y también respecto de la red de normas no elegidas a las que el sujeto es arrojado; la finitud es, entre otras, la finitud de la palabra como fragmentaria, al menos en dos sentidos, respecto de la totalidad de lo dicho y de lo no dicho, y respecto del todo de la tradición. Pero al mismo tiempo, estos procesos de pérdida y renuncia, de finitud y extrañamiento tienen su propia riqueza. Si la palabra es esencialmente fragmentada porque no tiene autopresencia completa sino que está dispersa en multiplicidad de referencias, se transforma entonces en *poiesis*, se abre con ello la libertad para la multiplicidad de significaciones y de creaciones poéticas. Tanto en los planteamientos lacanianos como en otro tipo de planteos como, por ejemplo, los hermenéuticos, se puede decir que el sentido de lo que se dice “aparece de pronto e igual de pronto y sin transición, igual de inmediatamente se ha esfumado de nuevo” (p. 575),⁵ como en el efecto luciérnaga: se esfuma y se desliza hacia otros contextos, y al recontextualizarse se desvanece, se oculta para volverse a encender. La falta, la carencia, la finitud, nos permiten “caminar” hacia concepciones siempre nuevas y hacen posible la apertura de mundos.

⁵ Gadamer, 1991, p. 575. Así es como Gadamer se refiere a lo bello en la obra citada.

Con todo esto no sólo estoy completamente de acuerdo sino que me despierta también entusiasmo. Todo ello está en el marco de la afirmación mencionada al comienzo con la que dijimos concordar, a saber, la que habla de la presencia de una “falta” en el sujeto. Donde comienzan mis problemas es cuando de las tesis de la finitud se transita a las tesis del sujeto vacío o del sujeto como falta. Lo que yo no veo es cómo y por qué transitar de lo primero a lo segundo; no me queda claro por qué reducir a la *falta* los dos polos tradicionales bajo los que se piensa y se ha pensado al sujeto, los de la autonomía radical y la radical sujeción. Puedo, sin embargo, entender que el recurso constante de Lacan a la noción de *falta* tenga como objetivo combatir esencialismos y sustancialismos que han acosado a la reflexión sobre el *sujeto* a lo largo de la historia de la filosofía; puedo también darme cuenta de que la presencia de la *falta* ayuda a esquivar los dos polos extremos mencionados. Creo que puedo comprender que en ocasiones el “vacío” del sujeto se refiere al componente no representable, no simbolizable, que es el objeto del deseo, mejor conocido como *objeto a*, que no pertenece ni al Otro imaginario, ni al Otro simbólico, sino que más bien se articula a ellos. Estoy de acuerdo también con la importancia que se atribuye a la teoría lacaniana del sujeto que, atribuyendo a la *falta* un lugar constitutivo, facilita la “confluencia del psicoanálisis y el análisis sociopolítico, dado que esta *falta* sólo puede ser cubierta por objetos sociopolíticos de identificación” (p. 20).⁶ Incluso, en beneficio del argumento, y sólo por eso, podría aceptar que de manera metafórica se llamara *sujeto vacío* al sujeto del inconsciente, siempre y cuando de lo que se tratara fuera de distinguirlo del sujeto de las subjetivaciones conscientes. Pero aun en este caso, en el caso del sujeto del inconsciente, ¿se puede decir, como dice Slavoj Žižek, que “si sustraemos toda la riqueza de los diferentes modos de subjetivación..., lo que queda es un lugar vacío que se llenó con esta riqueza”, para después

⁶ Stavrakakis, 1999, p. 20, las cursivas son mías.

afirmar que “esta falta de estructura simbólica, **es** el sujeto”? (p. 227).⁷ Por lo pronto, veo aquí dos problemas. El primero es que al llamar “vacío” a un *locus* no consciente y que no pasa por la subjetivación, parecería que a ésta, a la subjetivación, se le considera como lo pleno o la plenitud. El segundo problema es que aparentemente se estaría sugiriendo que el inconsciente está completamente al margen de las leyes de lo simbólico. Y no estoy segura de que esto pueda sostenerse.

Zizek, en cambio, sí parece estar seguro de que eso pueda sostenerse, pues aclara que el contenido del sujeto, tal como Lacan lo plantea en sus últimas obras, no es sólo de urdimbre simbólico-imaginario sino también de **fantasía**, con lo cual se refiere a un contenido que esté al margen “del gran Otro, de la red simbólica enajenante” (p. 227).⁸ Aquí veo otros dos problemas: considerar enajenante a la red simbólica puede significar varias cosas, como ya vimos, entre ellas tener una noción constrictiva más que creativa del lenguaje. Por otro lado, aun cuando, como expuse antes, puedo entender las estrategias discursivas para formular la identidad entre *sujeto* y *falta*, en la medida en que la *falta* se concibe al menos tendencialmente como falta de estructura simbólica-imaginaria, creo que establecer esa identificación es suponer que hay algo del sujeto que puede tener un aspecto resguardado del mundo exterior, una especie de coto vedado a la influencia externa, lo que se torna grave, sobre todo en el caso del sujeto político.

En los planteamientos de Ernesto Laclau (1993), el sujeto social, y más en particular el sujeto del cambio social, está concebido también como *falta*, como una *ausencia*. Aquí, el *sujeto* es la forma pura de la dislocación de la estructura y la *dislocación*, a su vez, designa la falta de ser en la estructura social, es decir, su imposibilidad de constituirse como tal. Aunque en este caso no se habla exactamente de que el sujeto es una instancia que escapa

⁷ Zizek, 1992, p. 227.

⁸ *Ídem*.

a las identificaciones imaginarias y simbólicas, sí se sostienen tesis que son prácticamente equivalentes, o al menos con cierta ambigüedad. Una de ellas es la de la externalidad de la decisión respecto de la estructura (Laclau), que si bien está acompañada de muchas otras tesis compensatorias, igual aquélla queda enunciada sin que pueda quedar muy claro cómo se articula por un lado la externalidad con la tesis que sostiene que la decisión no está del todo separada de la estructura.

Hay otro momento del mismo trabajo (Laclau, 1993) en que se sostienen tesis que dan, por suerte, qué pensar. En el párrafo dedicado a la *libertad* se sostiene que ésta, la libertad, es posible porque la estructura no es cerrada ni plenamente constituida, por lo cual estamos condenados a ser libres, arrojados en nuestra condición de sujetos, como consecuencia de nuestra falta de ser; dada la cual –la falta de ser– el sujeto no encuentra otra manera de significarse más que vía *identificaciones*. Dicho de otra manera, en tanto que el sujeto no tiene una identidad positiva... sino tiene más bien la libertad derivada de una falla estructural..., el sujeto entonces sólo puede construirse una identidad a través de actos de identificación.

Esto me lleva a las siguientes reflexiones. Si se distingue por una parte al sujeto y por otra la identidad construida mediante actos de identificación, no deja de dar la impresión de que se está hablando de dos entidades diferentes, por un lado del sujeto y por otro de las instancias con la que se identifica, como si hubiera algo que es *sujeto* y que no son identificaciones; y en ese sentido estaríamos en la misma posición de las tesis de Žizek sobre la *fantasía*, que escapa a los órdenes imaginario y simbólico y, entonces también, en esa misma medida, se podría cuestionar el mismo supuesto de haber algo del sujeto resguardado del mundo exterior.

Hay otras razones por las que considero importante no sostener este tipo de tesis, al menos en relación con el sujeto de la política: primero, porque a la noción de *sujeto en falta* o sujeto vacío le acompaña cierto aire romántico y heroico –y

quizá hasta teológico—, como Minerva salida de la cabeza de Zeus que trasladada al plano político recorta figuras mesiánicas que, como se sabe, suelen conducir a los pueblos o a las naciones al precipicio.

Asimismo, al plantear al sujeto como *vacío* o como *falta*, se borran todos los efectos dejados por las tradiciones lingüísticas e históricas que, al final, son las que hacen posible la emergencia del cuestionamiento a ciertas formas de sujeción.

Es desde esta postura, desde la relevancia atribuida a las huellas dejadas por estos horizontes, que puede comprenderse mejor la conclusión de Butler (1997) extraída de su largo estudio de los textos de Freud. Esta conclusión la lleva a decir que si un sujeto logra sobrevivir a las interpelaciones opresivas de lo social no es porque un ego autónomo ejerza su autonomía en confrontación con un mundo al que se contrapone; por el contrario, dice, ningún ego puede emerger más que mediante la animada referencia a ese mundo.

Tal vez lo que conviene para pensar al sujeto es no abandonar la doble problemática de la agencia y la sujeción y continuar con el intento de explicar una sin desconectarla de la otra. Tal vez lo que tenemos que aceptar es que ambas concepciones se juntan en sus polos, y que la articulación del sujeto con categorías de autonomía y autoconstitución es la otra cara de su articulación con categorías de falta, ausencia y vacío. En ambos casos se deja al sujeto en libertad, sin amarras enajenantes, pero en ambos casos también se sucumbe a la imposibilidad teórica de hacer coexistir lo que de todos modos nos ha impuesto la facticidad.

REFERENCIAS

- Butler, J. (1997). *Psychic life of power*. Stanford: Stanford University Press.
- Gadamer, H.-G. (1991). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Lacan, J. (1984). *Escritos I*. México: Siglo XXI.

- Laclau, E. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Argentina: Nueva Visión.
- Stavrakakis, Y. (1999). El sujeto lacaniano. En *Lacan and the Political* (pp. 13-39). London: Verso.
- Zizek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.